

ÍNDICE

Prólogo.....	<i>IX</i>
--------------	-----------

PRIMER PREMIO

El recuerdo de los cobardes <i>Manuel Vila Manso</i>	<i>1</i>
---	----------

ACCÉSIT

Como agua entre las manos <i>Ana Isabel Morcuende Camino</i>	<i>23</i>
---	-----------

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Ceniza <i>Antonio Manríquez López</i>	<i>41</i>
No olvides mi nombre <i>Alicia Marín López</i>	<i>73</i>
Alma de Perro <i>Fernando Molero Campos</i>	<i>99</i>

EL camarero llevaba un buen rato esperando a que te decidieras por alguno de los platos de la carta. Con el bolígrafo daba toquecitos sobre una típica libreta de hojas amarillentas, marcando así el pulso de un tiempo al que tú parecías no dar ya ninguna importancia. Papá, dije para llamar tu atención, acompañándolo con un arqueo de cejas que pretendía ser instigador. Entonces, volviste a repetirlo.

—Mañana juega el Real Madrid contra el Atlético.

Tu respuesta desencajada despertó en la mesa un juego de miradas en el que todos los allí presentes participamos de alguna u otra forma. Estaba la del camarero, que acentuó el desconcierto levantando con torpeza los hombros. La mía, de injusta indignación contra ti al presuponer que era más falta de esfuerzo que otra cosa. También la de Mamá, suplicando paciencia. Y, finalmente, la tuya, cabizbaja y arrepentida como la de un niño al que acaban de regañar por algo que aún no llega a comprender.

Antes de que Mamá se justificara ante el camarero por lo que acababa de suceder, elevé la voz y enumeré de carrerilla las raciones que recordaba haber escuchado de tu boca cuando nos llevabas a comer a ese restaurante en los veranos de mi niñez. Una de mejillones al vapor y otra de almejas a la marinera. Espetos

de sardinas. Ensalada mixta, a petición de Mamá. Y una de calamares a la plancha con su montoncito de alioli casero, nuestro preferido. Recuerdo que hubo veces que llegamos a comer hasta tres raciones entre los dos, mano a mano. Cuando quedaba el último tiritando en la fuente, solías volcarlo sobre mi plato. «Tiene que crecer más», defendías frente al resto de los comensales que ya habían perdido la esperanza de probar bocado alguno desde nuestras primeras pinchadas. Pero en esta ocasión, no tenías la intención de revivir ese recuerdo.

—Calamares no —dijiste con contundencia—. No me gustan.

—¿Cómo qué no? Pero si te encantan. —Te recriminé—. Siempre los pedíamos.

—Prefiero pulpo a la gallega.

—Ni caso. Pónganos el calamar a la plancha —ordené al camarero dando por

sentado que cuando lo sirvieran se te habría borrado la idea de la cabeza.

—Y el pulpo a la gallega. —Insististe.

—Papá, estamos en el Levante. Aquí no es típico el pulpo a la gallega.

Lo que en mi cabeza era una razón lapidaria para terminar con la discusión, en mi boca debió sonar alterada porque Mamá posó su mano sobre la mía. Pero ¿cómo no iba a estarlo? Ese fin de semana que os llevé a la playa tenía que servirte para recordar cómo se conjuga el verbo recordar. Había planificado el viaje como una terapia de choque contra tus «pequeños lapsus» —como tú los llamabas para disimular que estaban tomando forma de profundas lagunas— pero, hasta el momento, nada había dado el resultado que ansiaba. En el viaje de ida, me hiciste cambiar el disco de *Every pictures tells a story* de Rod Stewart —que tú mismo me descubriste en

mi adolescencia *rock*— por algo «menos ruidoso». La noche anterior a la comida, en la sala de juegos del hotel, abandonaste pronto la partida de billar porque te estabas aburriendo, aunque los dos sabíamos que también influyó la falta de fuerzas para empujar el taco. Por la mañana, te resignaste a desayunar en el paseo marítimo, como solíamos hacer cuando tú me despertabas temprano y de camino, con las primeras ráfagas de olor a mar, nos deteníamos en el quiosco para comprar un comic para mí y la prensa para ti. Ese hábito también lo has perdido, porque lo que le pase al mundo tampoco entra ya en tu jurisdicción. Así que, aquella comida en el restaurante se erigió como la última de entre todas mis posibilidades.

Por el momento, no habías mencionado nada del lugar que delatase el resquicio de un recuerdo. Es cierto que pre-

sentaba un cambio en la decoración y el estilo austero de antes era ahora una reinterpretación onírica de la vida en la mar. Las paredes no mostraban las heridas provocadas por la humedad, como las de esas casitas de pescadores que batallan en primera fila. Eran blancas impolutas, adornadas con utensilios de pesca que nunca fueron utilizados. ¿Cuánto había pasado? ¿Veinte años? Quizás más. Aun así, el restaurante era reconocible. Confíaba en que las vistas al puerto desde tu mesa favorita, que fue la que reservé, te hiciesen recordar. Pero no dijiste nada. Todo era nuevo para ti. ¿No te acuerdas de cuando nos llevabas a comer allí? Siempre encontrabas el pretexto idóneo para esquivar el «no estamos para tirar el dinero» de Mamá, aunque no existiese tal motivo. Porque eso era para ti la vida, un brindis sin toque de queda.

—Pónganos el pulpo. —Seguiste en tus trece.

—Lo hacemos muy rico —intervino sin tacto el camarero—. Nada que envidiar al que hacen en el norte.

—Eso habrá que verlo. Soy gallego, de La Coruña —contestaste con sorna y forzando un acento que también se te había olvidado.

Tuviste que decirlo. «Soy gallego». Es cierto que has nacido allí, pero con apenas ocho años te mudaste a Madrid, y ahí sigues. No se puede decir que se es de un sitio en el que prácticamente no has vivido. Pero tú, siempre que ves la oportunidad, metes la cuña publicitaria con calzador. «Soy gallego». Las últimas semanas antes del viaje, habías intensificado el sentimiento patrio y tu niñez era lo único que recordabas sin tropiezos. Contabas las veces que tu hermano y tu recurríais al don

de ser gemelos para aprobar los exámenes o colaros en el cine. También esa mañana de primavera en la que el abuelo te pilló haciendo pellas y le hiciste correr tras de ti por todo el paseo de la playa de Ria-zor. Al principio, sentía cierta fascinación por todas esas anécdotas que nunca había escuchado. Para mí, eran como las piezas perdidas de un puzle inacabado del que yo había desistido hacía tiempo. Pero no te voy a mentir, en cuanto se han convertido en tu monotema, he llegado a odiarlas. Puedes estar contando la misma anécdota una y otra vez durante días. Anécdotas en las que nunca estoy yo. Quizás sea eso lo que me carcome, el miedo de que llegue el día en que nuestra relación tampoco funcione como un recuerdo.

Antes de que yo pudiera seguir avivan-do la discusión, Mamá cortó por lo sano e impuso su sentido de la imparcialidad.

—¡Se acabó! Traiga el pulpo y el calamar.

Si esto mismo hubiera ocurrido un año atrás, no dudes que nos hubiera mandado a tomar viento. Mamá nunca nos necesitó tanto como tú y yo a ella. Pero, desde que el doctor dictó tu sentencia, la he visto adquirir una transigencia por la que nunca se caracterizó, y que ahora parece innata. Es cierto que en un principio ella se opuso al viaje. «Podría desorientarse». Pero ya me conoces, tu cabezonería en mí. Al final, conseguí convencerla apoyándome en el rigor científico de varios artículos que había estado leyendo sobre la enfermedad, en los que se afirmaba que revivir situaciones vinculadas a recuerdos alegres era un buen ejercicio para el paciente. De hecho, en el último mes, mi ordenador se había convertido en una hemeroteca sobre neurociencia. Buscar información sobre lo que

te estaba pasando se había convertido en mi principal ocupación desde que Marta me dejó. Ese era el otro motivo del viaje: contaros que volvía a estar solo.

El camarero tomó nota de la comanda como quien dibuja un garabato a mano alzada. Guardó el bolígrafo y la libreta en el mandil de lunares color aceite, y nos abandonó dejando un silencio roto por el embate de las olas contra el malecón. Mientras tú perdías la mirada entre el ambiente del restaurante, Mamá lo hacía en el horizonte, buscando seguramente una bocanada de calma en un azul que no era el de tus ojos ni el de los míos. Yo, sin embargo, volcaba una atención obsesiva en el móvil, como la de un ludópata en su última jugada. Lo cierto es que lo único que deseaba en aquel momento era que un mensaje de Marta iluminara la pantalla y, al abrirlo, leer las palabras que tantos días llevaba